

La pedagogía y el momento presente de la sociedad

Por Arsenio PACIOS

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber a dónde vamos,
ni de dónde venimos...

RUBEN DARIO, Lo fatal).

Al menos por lo que hace a las llamadas sociedades desarrolladas, nunca en tiempos pasados fue más intenso y más amplio el esfuerzo educativo. Otra cosa, como veremos, se podría decir de su acertada orientación, porque a pesar de todo no parece exagerado decir que la humanidad está enferma y, por mucho que se disimule, lo está más en aquellos países que gozan de un alto grado de civilización y de desarrollo económico, industrial y científico. Y lo paradójico es que, en buena parte, esta enfermedad se debe a graves fallos de la pedagogía y de los sistemas educativos que la llevan a la práctica. Sobre esta alarmante observación vamos a reflexionar en las líneas que siguen.

Los males de nuestra sociedad son muy variados. El hombre de hoy padece en grado insufrible de soledad, angustia e inseguridad en medio de una vida por regla general altamente confortable; va perdiendo por momentos su capacidad de sufrir, de esforzarse, de renunciar generosamente a aquello a que tiene derecho en aras del bien de sus semejantes; se ha hecho duro, agresivo, insensible a las desgracias ajenas, se ha dejado dominar por el ansia de placeres sensibles y ha perdido la capacidad de estimar los valores más nobles y elevados; se halla desencantado de los magros frutos de orden espiritual que el progreso científico y técnico le

proporcionan, aunque probablemente no tenga conciencia del motivo de esta paradójica situación. En el fondo, se halla desorientado, no acierta a encontrar el sentido de la vida, ha perdido el aprecio del valor moral y se siente indefenso ante las fuerzas que le arrastran e incapaz de mantener una dirección fija. Una vez aceptado este estado ya no le queda más que abdicar de sus responsabilidades, hacerse conformista para evitar esfuerzos y disgustos, aburrirse en un mundo poblado de absurdos o rebelarse contra todo y contra todos, sin saber a ciencia cierta por qué.

O la pedagogía sirve para bien poco o es necesario aceptar que una adecuada orientación del esfuerzo educativo que se derrocha podría ayudar a la sociedad actual y a los hombres que la componen a salir de la grave crisis de pérdida del sentido de la vida en que se hallan.

Parece obvio que, para lograr la orientación más acertada del esfuerzo educativo en orden a remediar todos o buena parte de esos males, es necesario hacer una diagnosis objetiva de la sociedad y de los hombres. Sólo un conocimiento veraz de su situación puede servirnos de punto de partida en la elaboración de nuestro plan de acción.

Habrá asimismo que tener —y esto es aún más difícil de lograr— ideas claras sobre *cómo deben ser* el hombre y su sociedad. Y entendemos que es a la pedagogía a la que le corresponde por derecho propio determinar luego el tipo de actividades con que se puede transformar, con ciertas garantías de éxito, nuestra sociedad desde el estado real en que se halla hasta conseguir llegar a ser *tal como debe ser*.

Entendemos que la determinación de la dirección de los esfuerzos educativos a la vista de la diagnosis del cuerpo social en que aquellos se realizan, así como del estado ideal que se pretende conseguir, pertenecen a la teoría de la educación o teoría de la educación o teoría pedagógica, que algunos prefieren llamar ahora antropología pedagógica.

La planificación del trabajo educativo llamado a remediar los males detectados y obtener los objetivos previstos corresponderá más bien a la pedagogía normativa o —con otro nombre— a la metodología educativa.

Resulta, además, imprescindible contar con las personas necesarias, debidamente capacitadas, para llevar a cabo las actividades educativas programadas para lograr la transformación que se pretende. Y esta función corresponde a la práctica educativa; práctica que debe seguir siendo encomendada a personas especializadas, que actúan de ordinario en instituciones formalmente dedicadas a la educación de los niños y de los jóvenes, pero que no tiene necesariamente que limitarse exclusivamente a este campo. Porque también habrá que tener en cuenta el influjo que pueden ejercer en el proceso educativo los adultos que, de alguna manera, directa o indirecta, se relacionan con los educandos; y no sería seguramente baldío el esfuerzo educativo que se dedicase a influir sobre estos adultos: padres, parientes, vecinos, escritores, artistas, etc. ...

COMO ES NUESTRA SOCIEDAD

No es ciertamente tema nuevo el análisis de las notas que caracterizan a nuestra sociedad con relación a tipos de sociedades precedentes (1). Pero estos estudios han sido generalmente de carácter descriptivo y, consecuentemente, poco profundos.

Aunque no coincidan todos los autores en valorar las características más acusadas de nuestra sociedad, bien se puede decir que entre las principales se encuentran:

- a) una *complejidad* de estructuras frondosas, con la consiguiente división de trabajo y la hipertrofia del sector servicios y, en especial, de la burocracia;
- b) un *desarrollo tecnológico* y económico difíciles de ponderar;
- c) un aumento acelerado de *producción científica* que no tiene parangón posible con el de ninguna época anterior;
- d) unas formas de vida política de signo decididamente *democrático*, lo que no obsta para que grandes países tecnológica y científicamente destacados mantengan opciones totalitarias;
- e) un desmesurado poder indocinador y propogandístico de los *mass media*;
- f) un *ritmo evolutivo tan acelerado* que los problemas nuevos se suceden tan vertiginosamente que la mente humana no tiene ni siquiera tiempo para resolverlos antes de que sean sustituidos por otros.

De todos estos temas, de cuya importancia nadie puede dudar, se puede hablar por extenso y hasta se les pueden buscar los adecuados remedios, sean o no de tipo educativo. Pero creemos que más fructífero sería ahondar en las causas y factores que justifican la aparición de estos fenómenos característicos de nuestra sociedad. Estimamos que, enmascaradas por llamativas apariencias, se ocultan tras ellos realidades que pueden ser causas o condicionamientos importantes de la situación en que estamos inmersos.

Así, bajo la *complejidad* estructural del organismo social, la burocracia en aumento ilimitado, la necesidad de tener vigilantes de los vigilantes de los que vigilan al común de las gentes, ¿no se oculta, entre otras lacras, una falta de responsabilidad —en administradores y administrados— ante sus deberes sociales más elementales? Y a nadie se le oculta la gravedad que encierra para una sociedad la pérdida generalizada del sentido del deber, de la honestidad pública y privada.

Bajo el fenómeno del *desarrollo tecnológico*, fruto legítimo y válido de

(1) El autor de este trabajo ha hecho un estudio de los mismos y de su relación con los sistemas educativos en *Introducción a la Didáctica*, Ed. Cincel, Madrid, 1980, Cap. 3.

la mente y de las manos del hombre, destinado a proporcionarle comodidades y a permitirle el mejor aprovechamiento del medio natural, pero que amenaza con tiranizar a los mismos que lo han causado, ¿no se enmascara una exaltación inmoderada de los valores económicos, ansia de dominio y prepotencia sobre los demás, el consumismo que mantiene artificiosamente la producción de nuevos medios técnicos, el egoísmo feroz que con tal de obtener beneficios económicos no se detiene ni ante la corrupción intencionada de la juventud, a través de la droga y la pornografía?

Bajo la rúbrica del fabuloso *progreso de la ciencia*, del que con justicia nos podemos sentir satisfechos, se esconde una sobreestimación de la ciencia por sí misma o por los resultados económicos y de poder que es capaz de proporcionar, la casi exclusiva consideración de las ciencias positivas, el error de ponerlas al servicio de los valores inferiores: económicos, utilitaristas, hedonistas, de seguridad y confort materiales y de competencia entre naciones por la hegemonía mundial a toda costa. Cabría añadir a todo esto la fatua pretensión de que, gracias al aumento de nuestros conocimientos sobre el mundo, se encontrará remedio a todos los males del hombre, se dominará el azar y se entronizará en el mundo la felicidad; como si la muerte no nos esperara ineluctable a la vuelta de la esquina.

Bajo la *forma democrática* de las estructuras políticas no sólo puede disimularse la pretensión de ejercer unos derechos políticos, ciertamente legítimos, pero que con frecuencia son ejercidos irresponsablemente por carencia de la debida formación de la conciencia; sino el hecho de que el hombre, diluido en el cuerpo social, tiende a olvidar sus deberes y se obstina en reivindicar sus derechos. Hoy es muy frecuente oír la fórmula «exigimos» y es casi imposible escuchar esta otra: «nos exigimos», «nos comprometemos», que es más austera y, por eso mismo, mucho más valiosa.

Bajo el inmenso aparato de poder de los *medios de comunicación de masas*, de que tanto se enorgullecen las sociedades modernas, se encubre la indefensión del hombre ante el cúmulo de informaciones y propagandas tendenciosas, indoctrinamientos ideológicos, políticos y morales, con frecuencia inconfesables y absolutamente inaceptables. Y todo ello actuando sobre muchos hombres incapacitados para dominar ese maremagnum de noticias y opiniones, para criticarlo, valorarlo y analizarlo. ¿Qué de extraño tiene entonces que muchísimos hombres no lleguen a alcanzar a distinguir lo verdadero de lo falso, lo noble de lo degradante, lo honesto de lo criminal, lo justo de lo injusto, lo esencial de lo accesorio, lo auténtico de lo simulado? ¿Qué extraño es que el hombre se encuentre desorientado, confuso e inseguro?

En cuanto al ritmo evolutivo tan vertiginoso al que las sociedades se ven sometidas, parece evidente que se debe en buena parte a la ruptura con las tradiciones ancestrales, sin que éstas hayan sido sustituidas por otra doctrina válida, capaz de despertar y mantener en el hombre el senti-

do de la vida. No siendo posible, en el hombre, apelar al instinto para conservar un mínimo sentido de la orientación, aquél se ve impulsado a tomar como punto de referencia de sus decisiones y de su conducta bien el comportamiento generalizado del común de las gentes, bien lo que piensan y mandan otras personas, en las que delegamos por la tácita nuestra responsabilidad. Ello lleva al hombre a renunciar a buscar racionalmente un fundamento que le sirva de punto de partida para organizar su visión personal del mundo y de la vida, y el sentido de su existencia. Puesto que todo cambia tan deprisa ¿de qué vale pensar, reflexionar, meditar? Y nadie, ni siquiera los sistemas educativos, nos brinda la ayuda indispensable para que podamos superar semejante situación angustiosa; y mucho menos todavía lo hace la generación adulta, que se resiente aún más agudamente de la pérdida de la tradición y de la carencia de puntos fijos de referencia y que, sin embargo, se ve en el trance de gobernar la vida social, sin norte alguno en que confiar.

LAS DEFICIENCIAS DE LA PEDAGOGIA

Parece que la pedagogía debiera llevarnos al convencimiento de que la formación humana en cuanto penetración espiritual, en cuanto interpretación del mundo, en cuanto descubrimiento del sentido de la vida, representa una necesidad esencial del hombre en todos los tiempos, pero de una manera especial en la actualidad.

Pero, de hecho, la pedagogía del presente está empeñada en la solución de otros problemas, al parecer más inmediatos y esenciales: se ocupa ante todo de organizar la instrucción. Sin embargo, ya hace tiempo que se han empezado a oír voces de alarma ante una actitud tan insensata. Así, Mead (2) se manifestaba ya hace tiempo en contra de la orientación unilateralmente pragmática de la educación para la vida, tal como se practicaba en América allá por los años veinte. Le parecía que con ese tipo de educación resultaba debilitada la personalidad del niño y se ponían obstáculos al desarrollo ulterior de una conducta cultural dinámica. Y en el informe Rockefeller se advertía: «la mayor parte de los hombres, jóvenes o viejos, no sólo quieren seguridad y comodidad, aunque también se alengren de eso; *quieren que su vida tenga un sentido*. En efecto, y tal como piensa Emerson (D. 338), «los hombres que viven sin metas, que dejan la contestación a la cuestión del sentido de la vida a las experiencias superficiales de su codicia, no se verán afectados nunca por otras posibilidades: por la experiencia de la fe, por los valores morales, por la conciencia social, por

(2) Karl DIENELT; «Antropología pedagógica», Ed. Aguilar, Madrid, 1980, pág. 338. En las reflexiones que se hacen a continuación hemos tenido muy en cuenta el análisis que hace Dienelt de los fallos de la pedagogía actual y de la urgente necesidad de que se ocupe de estos problemas que son cometido específico suyo. Véanse sobre todo las páginas 337 a 371. Los autores que se citan en las siguientes páginas, seguidos de la inicial D (Dienelt) y el número de página, hacen referencia a la obra mencionada en que figuran citados por su autor.

la responsabilidad dentro de la comunidad y por las exigencias elevadas consigo mismo».

¿Es que una pedagogía despreocupada por estas cuestiones esenciales merece el nombre de tal? ¿Es que la verdadera y auténtica realización de la persona puede lograrse sin tener en cuenta todos estos aspectos que son el distintivo de su condición humana?

LA PERDIDA DEL SENTIDO DE LA VIDA

El hombre actual se halla encerrado en un horizonte de vacío existencial, como dice Frankl. Este vacío se puede definir como «una sensación de falta de contenidos internos, una a modo de sensación de haberse perdido el sentido de la existencia» (D. 339). Si tenemos en cuenta que lo insentido es lo irracional, resulta la paradoja de que el hombre —animal racional— ha perdido su característica específica; pero ni siquiera alcanza el nivel del animal, puesto que le faltan los instintos con que este suple la falta de la razón. Así, el hombre viene a convertirse en un puro absurdo.

El hombre inmerso en el vacío existencial se caracteriza por la inconsistencia, la desorientación, la inanidad y la superficialidad, la incapacidad para descubrir, estimar y realizar valores, por el hastío y la carencia de puntos fijos de referencia en que apoyar una justificación elemental de su conducta. Si la pedagogía no se preocupa, y de modo principal, de remediar esta situación ¿de dónde debe esperarse su solución?

La causa de este vacío existencial que anega al hombre actual es el hecho de que careciendo del sistema de instintos que orientan al animal a lo largo de su vida, también *ha perdido la tradición*. Esta ha sido durante milenios, aunque con algunos paréntesis de crisis de mayor o menor amplitud, el punto de referencia, la reserva de ideales, de normas, de creencias y convicciones, de conductas estereotipadas; era algo que se daba por definitivamente adquirido y que no parecía necesario poner en cuestión. La tradición da hecho ya en buena parte el sentido de la vida.

Pero hoy ninguna tradición nos dice *lo que debemos hacer* y ningún instinto nos dice lo que *tenemos* que hacer. Porque la tradición tiene en el presente mala prensa; el orgullo o la vanidad impulsa al hombre a despreciar y rechazar lo antiguo por el mero hecho de serlo. Se dice que ya hemos superado los estadios religioso-mítico y metafísico y hemos entrado en el de la ciencia positiva. Algunos pretendidos filósofos rechazan teorías y doctrinas basándose en el impúdico argumento de que son antiguas, haciendo equivaler los adjetivos antiguo y anticuado. Mientras en la Edad Media se traducían en leyendas y en vidas de santos los ideales que habían llegado a ser patrimonio común de la sociedad, hoy tendemos a hacer escarnio de todo lo pasado y abundan los periodistas que no pueden teclar una cuartilla sin dedicar muchos renglones a abominar, con motivo o sin él, de nuestra historia cercana o lejana.

Ahora bien, de esta situación resulta que no sabemos ni lo que queremos, limitándonos a querer sólo lo que otros hacen o a hacer sólo lo que otros quieren que hagamos. Esquemáticamente, se podría afirmar que los resultados de este vacío existencial son, en el primer caso, el *conformismo* y, en el segundo caso, el *totalitarismo*. El primero, que es el que predomina en las sociedades llamadas occidentales, es el de quienes erigen en norma de conducta —incluso la moral— la moda, las costumbres establecidas, los usos generalizados; lo cual es una manera disimulada de erigir al mismo hombre en norma de su propia conducta moral, es decir en regla para sí mismo, al tiempo que pretende descargarse de toda responsabilidad por los actos que ejecuta. El segundo, que predomina en las sociedades del Este, supone una renuncia radical a la propia libertad y a la responsabilidad consiguiente; lo bueno, lo que hay que hacer es lo que manda el poder constituido; y no hay otra moral ni otra norma de comportamiento.

Una repercusión más del vacío existencial es la *rebeldía*, sobre todo de la juventud. Esta es especialmente sensible a esta enfermedad de hoy: la pérdida del sentido de la vida. Pero el estudio de la situación y de los problemas de la juventud nos muestran un nuevo fenómeno: el de los *rebeldes sin motivo*, cuya rebeldía se desarrolla en un horizonte de *nihilismo*; una rebeldía que surge del choque del individuo con una educación y un mundo que ya no es capaz de dar a sus vidas ningún sentido. Ciertamente siempre ha habido tensiones entre la juventud y la generación adulta, en primer lugar por las dificultades naturales que encuentra aquélla en adaptarse al orden ya establecido por ésta; pero también porque los jóvenes, sin haber asimilado aún suficientemente la tradición, tenían mayor facilidad y menos escrúpulos para adaptarse a situaciones nuevas y cambiantes que ineluctablemente afectan a toda sociedad por su propio dinamismo. Precisamente como fruto de estas tensiones, sanas y naturales, se ha ido produciendo la lenta pero inexorable evolución social. Más, en todo caso, a lo largo de estos cambios se mantenían incólumes los valores esenciales que servían de norte y guía a los hombres y que garantizaba el hilo conductor y orientador de la tradición.

Pero las rebeldías de la juventud actual son en muchos casos el resultado de no haber encontrado sentido ni significación alguna a su vida. Lo insentido es lo irracional, lo que choca con los esquemas de comprensión propios del hombre y que vienen exigidos por su propia naturaleza racional. ¿Qué de extraño tiene, entonces, que para muchos todo se haya vuelto absurdo? El hombre quiere desesperadamente hallar un sentido a su existencia, quiere encontrar un punto de apoyo que le sirva para justificar las opciones que continuamente tiene que tomar en este mundo; quiere saber por qué y para qué vive, goza, ama, odia, sufre y muere. Y una pedagogía que no dé contestación a estas preguntas o que no ayude al joven a encontrarla, está fallando en lo esencial.

De esta embarazosa situación se sigue otro de los fenómenos que caracterizan a buena parte de la juventud actual: el *aburrimiento*. Los adolescentes padecen continuas frustraciones, les faltan objetos apropiados de

ocupación «de tal manera que sus aspiraciones discurren en el vacío, lo que da lugar al aburrimiento: el mundo les aburre» (Muchow en D. 340). Y todo esto llega a acontecer en una edad en que el aburrimiento parece imposible.

MISION DE LA PEDAGOGIA

La elemental descripción que se ha venido haciendo de los problemas de desorientación que aquejan al hombre de hoy, la diagnosis de la situación actual que se viene haciendo un poco por todas partes pone de relieve cuan problemático está resultando el esfuerzo educativo. Parece como si la pedagogía y los pedagogos se desentendieran de la gran tragedia que amenaza con destruir los fundamentos de nuestra sociedad al consentir el aumento incesante de personas afectadas por el vacío existencial, la falta de conciencia de por qué están en el mundo, adónde deben dirigirse, qué deben hacer y por qué deben hacer eso y no otra cosa, qué responsabilidades tienen y cómo pueden hacerles frente.

¿Qué puede conseguir la educación en una época de tan considerable pérdida de la *tradición* y embargada por un sentimiento de *carencia de sentido*, que se propaga cada vez más como consecuencia de aquella pérdida y puesto que no se han encontrado aún fundamentos justificativos de ella? Frankl (D. 344) responde a este interrogante ofreciendo algunas reflexiones que necesariamente tienen que sonar muy duras en los oídos de los «permisivistas», hoy tan en boga entre los educadores, y a blasfemia entre quienes dan por definitivamente caducada la época en que la moral no era aún una pieza de museo, indigna del hombre maduro y autosuficiente. «En esta época nuestra», «dice», la educación ha de encargarse *no sólo de transmitir conocimientos*, sino también de afinar *la conciencia*, de modo que el hombre llegue a ser lo suficientemente *fino de oído* para escuchar las exigencias inherentes a cada situación particular en que se encuentre. En una época en que para tantos parecen haber perdido su validez los diez mandamientos, el hombre ha de ser puesto en condiciones de percibir los diez mil mandamientos correspondientes a las diez mil situaciones con que le enfrenta la vida. Entonces no sólo volverá a parecerle la vida plena de sentido, sino que se sentirá inmunizado él mismo frente al conformismo y al totalitarismo, secuelas ambas del vacío existencial en que se halla inmerso: sólo así será capaz de negarse a rendirse al conformismo y a doblegarse ante el totalitarismo».

De un modo u otro la educación debe ser, hoy más que nunca, una educación para la responsabilidad; y la responsabilidad supone capacidad para distinguir, juzgar y decidir; en suma, libertad y discernimiento. Más hemos de confesar que las instituciones y los sistemas educativos han olvidado con frecuencia estos objetivos. Obsesionados con la instrucción, la transmisión de saberes científicos, carecen de sensibilidad para darse cuenta de que están dando de lado a la tarea no sólo más importante, si no a

la única que es *formalmente* pedagógica: la ayuda al educando para encontrarse a sí mismo, comprenderse, justificarse y tomar las riendas de su propio destino a la vista de objetivos trascendentes, auténticamente valiosos y gratificantes; objetivos que le hagan capaz de vencer las dificultades, incluso a costa de grandes esfuerzos y, si fuera preciso, de la propia vida.

Por eso, una de las tareas esenciales de la educación en el presente es capacitar al joven para que no se deje abrumar por las oleadas de estímulos sensoriales y por la propaganda. Y si queremos conservar nuestra autonomía personal ante estas presiones, debemos aprender a ser selectivos, a discernir entre lo esencial y lo accesorio, entre lo que tiene sentido y lo que carece de él, entre lo que tiene justificación y lo que no la tiene.

Pero para esta capacidad de crítica se necesita disponer de un punto de referencia fijo, de un norte que nos permita orientarnos, de *un fin* que dé sentido a nuestra vida y a las mil opciones que a lo largo de ella habremos de tomar, a todas las vicisitudes y avatares de que está tejida, y que justifique hasta los esfuerzos más penosos que nos *sintamos obligados* a hacer.

Para lograr esta disposición, la única adecuada para hacer frente de modo humano a tan graves problemas hace falta encontrarle a la vida un sentido en conexión y en subordinación al verdadero fin del hombre.

Pero el sentido tiene que ser encontrado por el educando; no puede dársele desde fuera, ni siquiera por el propio educador, porque esto sería «moralizar», dirán los permisivistas, los partidarios de las pedagogías no directivas, los defensores a ultranza de la absoluta libertad del educando como el bien máximo contra el que nada justifica atentar. Y ciertamente esta actitud es en buena medida aceptable, ya que al educador no le corresponde tomar decisiones por el educando, sino que le compete orientarle, instruirle y orientarle acerca de cómo y por qué debe tomar *su* decisión; pero dejando siempre a éste que dé el último paso: adoptar su propia actitud personal. Sin embargo el educador, so pena de renunciar a su auténtico y legítimo papel, *debe* hacer todo lo posible para que el educando descubra el sentido de su existencia y *debe* procurar que no yerre en su configuración y determinación. Si esto es «moralizar», lo es en el mejor y más noble de los sentidos. Si el educando necesita educarse, quiere decir que necesita desesperadamente una ayuda para centrarse, para asir firmemente el gobernalle de su propia vida y para conocer lo más exactamente posible el rumbo que debe imprimirle. No creemos que haya que escandalizarse de la moral. Por el contrario, sí de algo se halla necesitado el hombre de hoy es de una conciencia, un sentido moral: debe al menos saber lo que debe hacer y por qué lo debe hacer. En esta misma línea escribe H. Roth (D. 348): «Para una extensa posibilidad de vivencias de acción y poder el hombre moderno ha de empezar por descubrir, comprender y convertir en una segunda naturaleza (hábito, virtud) *las reglas de vida significativas, la correspondiente moral*».

Con seguridad que esta actitud y esta pretensión enfrentarán a la educación con graves dificultades; pero más que estos problemas nos debe inquietar la seguridad de que hace ostentación el adolescente de hoy, tras la cual se esconde el «snobismo» intelectual de quienes pretenden saberlo todo y poder hablar de todo, adoptando sin embargo una actitud displicente y afirmando que nada hay suficientemente importante para afectarles. Estos personajes, sin darse cuenta, son los representantes de un determinado tipo de nihilismo, es decir, que su menguado mundo está en realidad centrado únicamente en su propio yo, tratando frecuentemente de engañarse a sí mismos sobre su carencia total de la vivencia del valor y enmascarando este fracaso en pretendidos intereses e inclinaciones culturales. Para estos ejemplares ha acuñado la misma juventud española un término recientísimo y bien significativo: «pasotas».

EL PAPEL DE LA ESCUELA

Tomamos aquí «escuela» en su sentido más amplio, como el sistema de educación institucionalizada.

De las consideraciones precedentes parece legítimo deducir que cualquiera que sea el tipo de educación adoptado, hay algo que de modo especial se ve amenazadoramente afectado en su misma base: *la orientación en la vida y el descubrimiento de su sentido*.

Cabe todavía a la pedagogía actual el magro consuelo de que en el dominio escolar no se da un abandono espiritual tan craso como en el área extraescolar: medios de comunicación, producción literaria y artística, corrientes pseudofilosóficas, materialismo y hedonismo utilitarista en todas sus manifestaciones. Pero no creo que sea temerario pensar que, en buena parte estas ventajas que todavía conserva la pedagogía y que se perciben en el ambiente escolar, se deben más al espíritu tradicional y conservador, tan característico del estamento docente, que a una conciencia expresa de la triste situación en que se halla el hombre moderno; ya que, en las mismas facultades o secciones de pedagogía, suena extrañamente cualquier clase de preocupación que no sea facilitar a sus alumnos la instrucción en las materias pedagógicas, omitiendo irresponsablemente la urgente tarea de ayudarles a llenar su vacío existencial, a encontrar un sentido a su vida y prepararles y capacitarles para que en el futuro hagan eso mismo con los jóvenes cuya educación les sea encomendada. No deja de ser sintomático y signo de deserción ante la lucha por la solución de los problemas realmente pedagógicos, el hecho de que se haya echado alegre e irresponsablemente por la borda la denominación tradicional de «Sección de pedagogía» por el anodino, confuso e híbrido título de «Sección de ciencias de la educación». ¿Quién será capaz de hacernos poner de acuerdo en qué consisten y cuáles son las ciencias de la educación? O, ¿es que hay otra ciencia de la educación que no sea la pedagogía? Pero este cambio de título pone de manifiesto, sin pretenderlo, que ya no es la *educación*

humana lo que nos preocupa, sino la simple instrucción. Y para ésto sólo huelgan las ciencias de la educación y basta y sobra la metodología de la enseñanza, parte de la lógica; y la psicología y la teoría del conocimiento; y sobra la pedagogía en tanto que ciencia de la educación.

El hecho es que las dificultades de la escuela actual, aun sin tener en cuenta esta degradación del sentido genuinamente pedagógico al que hemos hecho alusión, son suficientemente graves como para poner de relieve la necesidad de hacer todos los esfuerzos precisos a fin de preservar a la humanidad de la última y definitiva caída en el abismo. Y esta tarea salvadora debe correr principalmente a cargo de la educación. A la vista de la actitud de la mayor parte de los autodenominados pedagogos, que no tienen ojos para ver el peligro y la responsabilidad que les cabe de conjurarlo, se siente uno tentado a pensar que la crisis de la humanidad actual no ha perdonado tampoco a los docentes, que siguen concentrando su atención en la transmisión de saberes, en vez de auscultarla y ofrecerle en consecuencia los remedios precisos para que pueda salir de su actual postración.

Pero hoy no es en modo alguno ocioso preguntarse si el *saber* conduce —y en qué medida— a un fortalecimiento de la mayoría de edad humana en general. En todo caso parece que, a la vista del carácter especializado de las ciencias modernas, bien podemos dar por caducada la idea, tan cara a la Ilustración, de que la ciencia es un sistema de principios de acuerdo con los cuáles se puede orientar al hombre. Por el contrario, parece que es de la incumbencia de la educación encargarse —también en esta época— no sólo de transmitir conocimientos, sino también de afinar la conciencia para detectar fines, descubrir valores, aceptar deberes y llenar, en suma, de sentido la vida humana. Como se ha repetido ya, una conciencia afinada supone la capacidad y la obligación de distinguir lo esencial de lo que no lo es, lo que tiene sentido de lo que carece de él, lo que puede justificarse de lo que no.

En consecuencia parece obvio que, aunque del quehacer pedagógico forma parte un amplio esfuerzo por la adquisición del saber, eso no basta. Es preciso y urgente llegar a fomentar en el educando el sentido de responsabilidad personal y la reflexión profunda sobre el verdadero fin de la vida humana y de las relaciones vitales. Hay que superar a toda costa, y pronto, el *operacionismo*, el *adoctrinamiento* y el *cientismo*. Lo importante es que en la escuela puedan hacerse transparentes núcleos de ideas capaces de dar sentido a nuestras vidas (F. Stippel, en D. 364). De no ser así el influjo de la escuela puede ser nefasto, ya que amenaza con ahogar la tendencia natural del joven a buscar orientación y sentido a su vida. Por ello confiesa Frankl (en D. 366): «Hoy podemos darnos por contentos con tal de que las materias que se enseñan no estén dispuestas para minar por completo la orientación y la ordenación originarias del joven hacia el sentido y los valores». Triste confesión, cuando la escuela debe estar llamada no sólo a transmitir conocimientos, sino también —y en estos momentos sobre todo— a formar la conciencia del sentido de la vida. Y sin embargo, ¿es po-

sible negar que algunas, o muchas, disciplinas, por su contenido y por el modo de exponerlo, producen efectos desorientadores en los alumnos necesitados de orientación?

Si del ámbito escolar pasamos al extraescolar, el panorama es más desalentador, si cabe. Al fin y a la postre las instituciones educativas vienen a ser un reflejo del clima social en que se desenvuelven.

La juventud quiere aprender de los mayores el *sentido de la existencia* y no dedicarse a la inane tarea de andarse aprovechando de todas las oportunidades que se le ofrecen en el orden material esforzándose por vivir lo más posible y lo más confortablemente posible. Se opone a una estructuración totalmente superficial de la vida, apoyada sólo sobre la experiencia y la irreflexión, porque se percata de que ése es un orden sin fundamento. Y como la mayor parte de la generación adulta no sabe efectivamente lo que ella misma quiere, la juventud, que ansía al menos apoyo y ayuda en su búsqueda de sentido y de orientación, se siente mortalmente defraudada.

Por eso se puede decir que la crisis del hombre de hoy, una vez soltadas las amarras que le unían a la tradición, no es tanto una crisis de escuela como una *crisis de adultos*. Al fin y al cabo los docentes son adultos y en muchos de ellos ha prendido el mal. Parece que se puede afirmar sin temor a errar que a esta crisis responden las actitudes de protesta de la juventud, protestas que sería bueno considerar ante todo como manifestaciones dramáticas en contra de la incapacidad de padres y profesores para interpretar y hacer realidad el sentido de la vida.

Los jóvenes necesitan tareas concretas, pero, además, modelos personales de carne y hueso que les faciliten la orientación en la vida. Hay que conocer a un ser verdadera y plenamente humano a quien poder emular. Y esto es lo menos que debería ofrecer a los educandos un docente que se pretenda *profesor-educador*; y ese es el inestimable servicio que puede prestar el sistema educativo a una sociedad gravemente enferma, que en medio del aparatoso desarrollo tecnológico y científico, necesita urgentemente una renovación radical en el dominio del espíritu.

CONCLUSION

Si las reflexiones que hasta aquí han sido expuestas —o al menos una buena parte de ellas— están de acuerdo con la realidad, parece evidente que la actual pedagogía y los ingentes esfuerzos educativos que bajo su guía se están haciendo no garantizan en modo alguno la reforma, ayuda y orientación de que tan necesitado está el hombre de hoy. No sería exagerado decir que la misma pedagogía está desorientada y se desentiende del gran problema del hombre, y el típico pedagógico, que es el problema de su orientación en orden a encontrar su sentido a la vida humana.

En un reciente análisis de los resultados de un curso de ética y moral

(1979-80) en el Bachillerato, ofrecido como opción a los alumnos que no desean cursar las asignaturas de religión, y realizado por el seminario permanente de Filosofía de la Inspección de Enseñanza Media del Estado, se hace una radiografía de los objetivos, los medios puestos en juego, los resultados obtenidos y las deficiencias observadas. El panorama descrito ofrecido resulta bastante deprimente. A pesar de la competencia del profesorado encargado de ese curso, el maremagnum de direcciones diversas, de distintas concepciones del mundo y de la vida, la disparidad de los temas tratados y las divergentes iniciativas adoptadas por los diversos profesores hacen pensar que aún falta mucho que andar hasta dar con un medio de formación moral serio y eficaz, fuera de la religión. Y aún, por lo que hace a ésta, nada garantiza hoy que todos los profesores que la enseñan acierten a facilitar en sus alumnos la capacidad de encontrar un sentido a su existencia, de saber qué deben hacer y por qué y para qué lo deben hacer. Durante siglos, nuestros antepasados disponían de un opúsculo: el catecismo, que les servía para fijar su posición en cada momento y para determinar con cordura el rumbo que habían de tomar. En otras religiones sucedía algo análogo. Pero ¿quién se acuerda hoy del catecismo? Si en un manicomio hay alguno que sienta plaza de cuerdo, lo mejor que le puede pasar es que lo marginen por loco; lo peor, que le cueste la vida. Y esta es la mayor dificultad: que nosotros, los educadores, inmersos en este mar de confusión, somos los que tenemos que ayudar a los demás hombres a clarificar su situación. Pero ¿estamos en condiciones de hacerlo? ¿Lo podemos hacer? ¿Queremos verdaderamente hacerlo? ¿Tenemos conciencia de la necesidad de hacerlo?...